
El Salvador: ¿crisis revolucionaria?*

Guido Véjar

Quisiera exponer, muy rápidamente, algunas consideraciones de carácter general sobre el proceso revolucionario salvadoreño. Exponer cierto tipo de reflexiones acerca de varias características de la estructura socio-política y el proceso revolucionario de El Salvador que pudieran aproximarnos a conocer, con alguna certeza, cual es el grado de desarrollo, en que punto, se encuentra en la actualidad el proceso revolucionario de El Salvador.

¿Existe en El Salvador una *crisis revolucionaria*? El concepto es muy difícil de precisar aunque es muy frecuente encontrarse con respuestas afirmativas ante tal interrogante. De hecho es muy difícil captar toda la riqueza de una situación real, de un proceso tan dinámico, con conceptos que al generalizarse tan ampliamente nunca llegan a perder el contenido de situaciones anteriores, en diversas latitudes, en que han sido utilizados. La utilización de conceptos, no obstante, es de una gran utilidad para el conocimiento de una realidad específica y en nuestro caso el de "crisis revolucionaria" es de gran importancia. Espero no caer en la tendencia taxonómica al utilizarlo en este intento de capturar teóricamente la rebelde realidad salvadoreña.

Si recordamos, el concepto de "situación" o "crisis revolucionaria" es de un carácter muy general en el cual existen dos elementos políticos claves: el pueblo y la clase gobernante, con las respectivas actitudes, posiciones y lucha que muestran uno frente al otro. Se dice que existe una situación o

* Trabajo presentado en el Seminario "Centroamérica: la lucha de sus pueblos por la democracia y el cambio social", agosto 1980. Organizado por el Seminario Permanente sobre Latinoamérica (SEPLA).

crisis revolucionaria cuando, por un lado, un pueblo ya no soporta seguir siendo gobernado de una determinada manera y, por otro lado, cuando una clase gobernante es incapaz de seguir gobernando como lo venía haciendo. Decir, entonces, que existe una crisis revolucionaria sin mayor precisión es no decir mucho. Sin embargo, el concepto o noción es lo suficientemente rico, también, para orientarnos en el conocimiento de la situación.

Podemos decir, en primer lugar, que en El Salvador existe un pueblo altamente organizado. La mera abundancia de siglas es una evidencia de que la mayoría de sectores populares tiene grandes logros en la auto-organización. Es un pueblo que en movimientos sumamente acelerados, va acercándose cada vez más a lo que Lenin llamaba "un pueblo en armas". Este proceso en el cual el pueblo ha creado sus propias organizaciones, en el cual las ha fortalecido masivamente, en el cual ha encontrado —en el fragor de la lucha a distintos niveles— los objetivos socio-políticos fundamentales que han permitido la unidad de todos los sectores democráticos y revolucionarios; este proceso en el cual el pueblo, sus organismos de vanguardia, han llegado a expresar la lucha política fundamental en el plano militar es la manifestación de la "voluntad" de un pueblo, traducida en conciencia, organización y lucha, de construir su propio destino, de darse su propio gobierno, sus propias normas e instituciones de convivencia social, de construir nuevas relaciones sociales más acordes con los objetivos de la mayoría.

La actual situación de El Salvador es el final de un largo proceso en el cual paulatinamente va formándose la organización popular necesaria que aprovecha *concientemente* todos los elementos objetivos y subjetivos que conforman progresivamen-

te la crisis, reconociendo su propia participación como dinamizadora del proceso. La contradicción que ahora está entrando en el momento final de superación tiene una larga historia, pero su fase última tiene la existencia de casi una década. En este proceso podemos notar claramente dos movimientos que están a punto de encontrarse para dar un nuevo tiempo, un nuevo ritmo social y político a la sociedad salvadoreña.

Por un lado, es impresionante la claridad con la que se muestra la descomposición de todas las instituciones de la sociedad oligarquizada; instituciones que ya no resisten los embates de los grupos democráticos y revolucionarios y las consecuencias de sus propias contradicciones insalvables. Así, es casi palpable la profunda descomposición de todas las instituciones estatales así como de todas las instituciones ideológicas, políticas y militares salvadoreñas. Por otro lado, en la larga batalla popular, podemos percibir el desarrollo de nuevas formas institucionales, de nuevas concepciones de la vida, de la moral, de la cultura, de la política, etc., que a lo largo de la última década se han fortalecido en progresión geométrica en relación a la descomposición oligárquica.

Este último periodo histórico comienza a finales de los sesenta, a continuación de la honda crisis del área centroamericana —crisis de la salida burguesa cifrada en el Mercado Común Centroamericano— que está marcada por la guerra entre El Salvador y Honduras. Y que significa la imposibilidad de modificar, desde la perspectiva oligárquica, las estructuras económicas de la región, que intentando industrializarla, no rompen el esquema y las contradicciones de la dependencia de mercados externos.

A partir del año 1969, en El Salvador, comienzan a sentirse los efectos de las dinámicas contradic-

ciones que buscan la superación. Hay un quiebre profundo que se manifiesta hasta en las mismas organizaciones populares de la década. Uno de los organismos revolucionarios de aquel momento, el Partido Comunista Salvadoreño, incapaz de comprender las urgencias que el momento planteaba y de incorporar en su seno nuevas tendencias que exigían grandes transformaciones en su estructura, acción y métodos de lucha, sufre una escisión muy importante que aportaría los elementos que forman los núcleos de las organizaciones populares y revolucionarias de mayor peso en la actualidad. Los partidos políticos legales también sufren el impacto de la nueva situación. El Demócrata Cristiano, por ejemplo, también sufre escisiones y libera elementos que configuran otros grupos revolucionarios actuales. La Iglesia misma ya presenta ciertos cambios importantes.

A partir de esa época el Estado comienza a resquebrajarse en sus verdaderos cimientos. La organización tradicional del poder oligárquico que descansa en la división de los tres poderes muestra sus endebles rasgos para mantener un orden injusto. El Poder Legislativo, por ejemplo, pierde a lo largo de la década todas las funciones que escasamente había obtenido en la década anterior. En efecto, desde el 64 al 72 se da un restringido juego político permitiendo que exista representación pluripartidista en la Asamblea Legislativa, aunque las decisiones de ésta última sean poco efectivas en el campo de la "real politik". Para 1974 los partidos políticos de oposición se niegan a participar en las elecciones para diputados y desde entonces la Asamblea queda en manos únicamente del partido oficial, el Partido de Conciliación Nacional, partido en el cual estaban representados todos los grupos políticos de las fracciones oligárquicas del país. Hasta los parti-

dos políticos donde los grupos oligárquicos se expresaban directamente habían desaparecido de la escena electoral y habían encontrado lugar en el partido oficial. Con el golpe de Estado del 15 de Octubre el Poder Legislativo llega a desaparecer completamente para pasar a funcionar en la Asamblea de militares (COPEFA) que es creada luego del golpe. Todas las decisiones deliberativas importantes de la política nacional se discuten en esta Asamblea. Aquí se discute qué civiles y qué tendencias políticas debían de ser incorporadas a la Junta de Gobierno que sustituiría al régimen de Romero, aquí se discute la composición del nuevo gobierno, los nombres de los que llenarían finalmente los ministerios, las leyes que tendrán vigencia mientras dura el estado "de hecho", etc., etc. La renuncia de los sectores democráticos que habían aceptado participar en el gobierno con los "jóvenes militares" por no poder realizar ninguno de los objetivos pactados a causa de la obstaculización que hacían los militares demuestra que los militares también controlaban el Ejecutivo. En efecto, los conflictos laborales seguían siendo "solucionados" no por el Ministerio del Trabajo sino por la orden militar de reprimir a los obreros y campesinos descontentos en sus lugares de trabajo. En su respectivo campo, los ministros de Agricultura, de Economía, de Educación, etc., tenían la oposición de los militares que no permitían una acción que fuera más allá de sus límites de comprensión social y política. Todos los poderes, el Ejecutivo, el Legislativo, el Judicial (de por sí anulado y atrofiado en nuestras sociedades) se concentran en el instituto militar salvadoreño, el cual —nadie puede dudarlo— tiene una gran influencia de los Estados Unidos.

Paralelo al proceso anterior, la institución electoral fue perdiendo toda credibilidad y funcionalidad.



dad. El campo electoral ha sido cerrado, agotado, completamente. Realmente el pueblo participó activamente, en forma masiva, en las campañas electorales presidenciales de 1972 y 1977. El pueblo ganó en las urnas, venció a sus enemigos en su propio terreno, pero no pudo defender su triunfo electoral arrebatado a punta de fusil. Simultáneamente a la descomposición del Estado, a la deslegitimación de las elecciones, al deterioro de las bases políticas del Estado, etc., las organizaciones populares, nacidas de las escisiones políticas del 69, se fortalecen, son capaces de incorporar organizadamente el descontento popular en los diversos campos a sus estructuras siempre en expansión.

Han habido intentos de los distintos grupos políticos para detener el proceso de descomposición del sistema de dominación salvadoreño. En el periodo de Romero, el presidente, los militares, la oligarquía y la embajada norteamericana convocaron a un Foro Nacional (al cual contestaron los grupos democráticos creando el Foro Popular) y al cual se trataba de llevar a discutir a los distintos grupos burgueses, oligárquicos, entre sí. Tenían que superar las diferencias internas en cuanto a las vías de desarrollo del país que tenían los distintos grupos dominantes. Pero la intención era involucrar en estas discusiones burguesas a las organizaciones populares, a los partidos políticos democráticos y aplacar sus demandas y acciones. El Foro Nacional fue un rotundo fracaso. Las organizaciones revolucionarias y democráticas se negaron a asistir y los grupos burgueses apenas llegaron a la inauguración. Terminó asistiendo únicamente la burocracia estatal que discutía técnicamente problemas políticos que no comprendía.

El mismo golpe de Estado del 15 de Octubre puede considerarse, en cierto sentido, como un in-

tento final de detener el deterioro progresivo, la descomposición total del sistema político salvadoreño. Pero el proceso de descomposición, hasta el momento ha mostrado un movimiento indetenible. Nada ha podido pararlo. La Democracia Cristiana se incorpora al gobierno, además de por sus pretensiones elitistas de poder, para ganarse el reconocimiento burgués con sus vanos intentos de detener la descomposición del sistema salvadoreño. Pero este proceso es tan fuerte que todo lo que toca o se le incorpora, también sufre una descomposición. La Democracia Cristiana sufre las consecuencias de su vanidad política y a las pocas semanas de haberse incorporado al gobierno sufre una fuerte escisión que la convierte en una camarilla aislada y sin perspectiva política alguna.

La misma Asamblea militar (COPEFA) se ha disuelto, y en la actualidad se da una pugna entre distintos grupos del Ejército burgués. Pugna que ha dejado al desnudo a una camarilla militar que se sostiene solamente por la ayuda norteamericana. Restituir el sistema anterior o formar uno nuevo en base a los elementos que en la actualidad están en el poder es algo imposible.

La descomposición de la ideología dominante también es notable. El gobierno, deslegitimado completamente, no tiene, en absoluto, autoridad sobre grandes sectores de la población. De aquí la importancia que tiene el pensamiento y la conducción moral de Monseñor Romero quien expresaba una ideología que el pueblo legitimaba con su aceptación. En este pensamiento se perfilan importantes aspectos del nuevo poder ideológico de la nueva sociedad salvadoreña.

Por otro lado, el seguimiento a las orientaciones, a la conducción política del FDR y la Dirección Revolucionaria Unificada (DRU) por parte de gran-

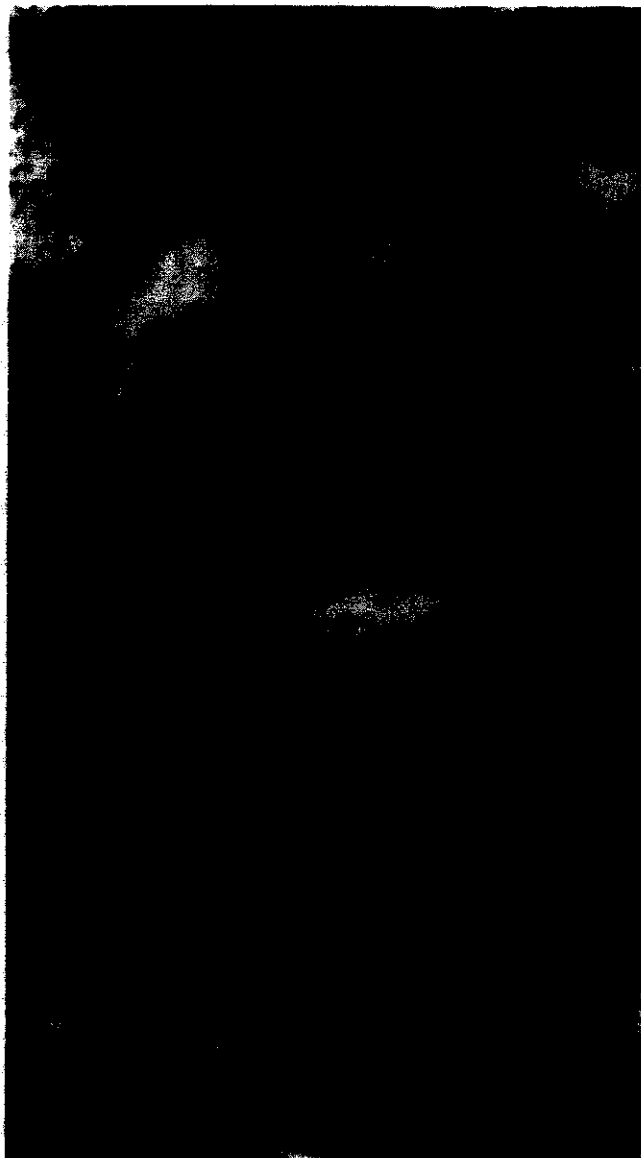
des sectores populares refleja que el polo ideológico dominante ha ido, paulatinamente, desplazándose del centro que la organizaba, el Estado, hacia otros puntos que no logran estabilizarse ante el surgimiento de una nueva ideología que trata de volverse dominante.

Al comienzo decíamos que en el proceso revolucionario podían notarse con mucha claridad dos movimientos simultáneos. Uno de descomposición y otro de formación de lo nuevo, de composición de un nuevo poder político. Los grupos nacidos a comienzos de los setenta, la mayoría de los cuales nacen a partir de núcleos muy reducidos —el legendario número 12 se repite en los que formaron a las FPL— con concepciones que muchas de ellas reconocen como foquistas, a lo largo de la década logran vincularse con las masas inspirando movimientos y organizaciones masivas de gran importancia en la actualidad. Aparecen el Bloque Popular Revolucionario (BPR), el Frente de Acción Popular Unificada (FAPU), las Ligas Populares (LP-28), el Movimiento de Liberación Popular (MPL). Cada una de estas organizaciones trata de organizar exitosamente a distintos sectores populares de composición social diferente. Se diría que hay una división natural del trabajo político entre las distintas organizaciones políticas del país y que la unidad no se puede dar sino hasta que cada una de estas organizaciones ha llegado a ser lo más fuerte posible en cada una de sus áreas de trabajo. De ser “grupúsculos”, como despectivamente se les llamaba a principios de los setenta, han crecido formando organismos potentes, estructuras eficientes sostenidas por la actividad de cientos de miles de salvadoreños. Se han ido “arropando” de instituciones respetadas por el pueblo en las cuales este último genera nuevas prácticas de participación y de autogestión política. Del proce-

so unitario únicamente diremos que con la creación de las instancias unitarias actuales, el Frente Democrático Revolucionario (FDR) y la Dirección Revolucionaria Unificada (DRU) se camina hacia la unidad completa de todas las fuerzas que se oponen al actual estilo de gobierno y se han puesto en funcionamiento estructuras de poder que compiten fuertemente con las dominantes. Todos los sectores representados en los distintos organismos políticos que forman estas instancias unitarias, han aceptado como vanguardia a las cuatro organizaciones que componen a la DRU, todos tienen su centro de conducción política, aunque mantienen su propia autonomía, en la vanguardia político militar. Estos dos movimientos del proceso revolucionario salvadoreño que caminan indeteniblemente al encuentro político-militar, al enfrentamiento final en el campo militar, el uno de descomposición, de deterioro y anulación progresivos; el otro, de estructuración, composición y consolidación, adelantan la posibilidad de una real alternativa de poder popular en El Salvador.

En este proceso de consolidación del movimiento popular y democrático se han ido acumulando y conjungándose las distintas reivindicaciones sociales fundamentales de todos los grupos que ahora han construido fuertes instancias unitarias. Reivindicaciones que han surgido en distintos momentos históricos y que nunca fueron satisfechas. Su programa incorpora todas las reivindicaciones sociales que durante la década de los setenta han expresado distintos grupos democráticos y revolucionarios. Como ejemplo de como han sido transferidas de un momento a otro, de como han ido acumulándose estas reivindicaciones podemos citar que la proclama de la juventud militar que dió el golpe del 15 de Octubre de 1979 recoge las deman-





das del Foro Popular en donde se habían agrupado la mayoría de organizaciones políticas y sindicales democráticas unos meses antes del golpe. Agrega, además, reformas estructurales por las cuales han luchado desde hace muchos años las organizaciones revolucionarias, como son la Reforma Agraria, la nacionalización de la banca y la nacionalización del Comercio Exterior, etc. Esta plataforma o proclama de los militares es la que intentan realizar, sin éxito, los grupos democráticos que participan en la primera junta de gobierno posterior al golpe. Y esta proclama queda como documento histórico o como manifestación ideológica de distintos grupos sociales en lucha pero sin la realización efectiva. La imposibilidad de llevar a la práctica este programa manifiesta la incapacidad estructural de los grupos democráticos de conducir y dirigir la sociedad por sí solos. Este fracaso les demostró que es imposible gobernar sin el empuje y presencia real de las masas organizadas en las nuevas agrupaciones populares.

Al constituirse la Coordinadora revolucionaria de masas (CRM), en Enero del 80, publica las líneas generales de su programa y aspiraciones políticas. En los últimos párrafos de dicha publicación se dice explícitamente que incorpora todas las reivindicaciones que la primera Junta fue incapaz de realizar dándoles un contenido popular, revolucionario, y la posibilidad de ser realizadas haciendo triunfar el movimiento democrático y revolucionario. El Plan general de Gobierno del FDR incorpora el planteamiento programático de la CRM. Este programa, que ha demostrado ser imposible de realizar por organizaciones o grupos de organizaciones aisladas, es la base de la unidad que se ha forjado en la lucha constante y permanente de las organizaciones democráticas y revolucionarias.

Así, los elementos de la crisis revolucionaria van conformándose, van surgiendo de la misma actividad de los grupos políticos y los distintos movimientos, a que hemos hecho referencia, y han manifestado su precipitación indetenible. La crisis revolucionaria se estructura indeteniblemente. Todavía hay sectores que no se incorporan en forma organizada a la revolución pero que ya muestran movimientos acelerados para incorporarse, como es el caso de los empleados públicos y de los pequeños productores urbanos. La descomposición del Ejército Nacional, ya evidente en la actualidad, todavía tiene que avanzar más. Todavía tiene mecanismos que pueden mantenerlo cohesionado mínimamente, tanto a nivel de oficiales como a nivel de tropa. Sin embargo hay importantes muestras de deserción de la tropa y de descontento a nivel de oficiales. Creo que el ejército nacional se encamina hacia una descomposición más profunda, pero que ésto no debe de ser un factor estratégico de la revolución. Que la revolución no debe de estar sujeta al tiempo de la descomposición u otros movimientos del interior del ejército. La revolución tiene su propio tiempo.

También existen algunas dificultades en la estructuración del ejército popular. Pensemos que el

ejército popular se está formando y se ha formado, cómo las otras instancias unitarias, en distintos momentos y aisladas sus partes en cada uno de los grupos político-militares. Estos últimos tienen distintas estructuras, distinto desarrollo, distintas áreas de especialización, distinta forma de movilizarse, etc., que en este momento están siendo engarzados, a través de la práctica conjunta. La huelga general de Agosto fue uno de los experimentos más importantes en esta articulación vital del movimiento popular.

Diría, para terminar, que todos los elementos de la crisis revolucionaria están articulándose lenta pero irremediablemente. Que el pueblo salvadoreño está cronometrando, ya en forma regresiva, el tiempo que queda para la actual injusta sociedad salvadoreña; que el pueblo está realizando un trabajo de filigrana, aprovechando y articulando todos los elementos necesarios y suficientes para llevar adelante el proceso revolucionario, en el cual, incluso, se perfilan recios órganos de poder popular como son los comités de barrios, de zonas y los mismos organismos que están al interior de las organizaciones político-militares y que están probándose cotidianamente en la disputa frontal por el poder político 🙌